

Antonio Pellicer Paraire

CONFERENCIAS POPULARES SOBRE SOCIOLOGÍA

TERCERA CONFERENCIA

SOCIOLOGÍA

Terminada la primera parte de nuestro trabajo *-el conocimiento de la Naturaleza-* corresponde a la segunda *el conocimiento de la Humanidad*, entrando de pleno en los dominios de la *Sociología*.

Es ésta una ciencia modernísima, por la sencilla razón de que, representando verdaderamente el summum del saber, no ha podido adquirir tal rango sino después que las otras ciencias se han constituido formalmente; pues sin la biología, la antropología, la etnografía, la climatología, la historia y tantas otras ramas científicas, la sociología no tendría una base positiva, ya que de todas ellas toma sus más ricos materiales.

En tanto las ciencias todas no adquirieron su plenitud, la ciencia social no traspasó los límites de la mera filosofía; paralelamente a generosos ideales, sosteníanse incomprensibles absurdos y tremendas injusticias en obras meritorias, que si dan perfecta idea del estado social de la época en que se produjo, siendo excelentes datos y fundamentos para la Sociología, revelan con cuánta dificultad se ha elaborado esta ciencia, como son también la más elocuente demostración de que sólo cuando se han desvanecido los que eran misterios de la Naturaleza ha podido afirmarse y desarrollarse con las condiciones propias de toda ciencia.

No debe olvidarse que la Sociología es una de las ramas de la Ciencia que tiene por misión estudiar todos los aspectos del ser social, investigar las condiciones de su existencia y deducir los principios fundamentales sobre los

que debe mantenerse la sociedad humana para el logro de su mayor bienestar posible.

Ahora bien: reconstituida la historia del hombre, los más reaccionarios y metafísicos tienen que rendirse ante la evidencia de las innumerables pruebas acumuladas, negativas de todo concepto extranatural y de todas las leyendas religiosas, si ricas en fantasía, completamente ignorantes de la realidad de las cosas, sabemos que los orígenes de nuestra especie no son otros que la más alta perfección del desarrollo de la animalidad, que desde el protoplasma evoluciona hasta el hombre en el progresivo encadenamiento de las formas de la materia; sabemos que la grosera forma humana primitiva, durante siglos, apenas si se diferenciaba de sus semejantes los grandes monos, no siendo el hombre más que un mono más perfecto; que más tarde fue el salvaje de las cavernas; que aguzando sus aptitudes para la defensa de cuantos elementos le molestaban, y en el anhelo constante de la mejor satisfacción de sus necesidades, llegó al portentoso descubrimiento del fuego y a saber utilizar ciertas piedras, que convirtió en armas, sentando los rudimentos de la primera civilización; y que a partir de esta época se camina de progreso en progreso en todos sentidos: se conocen y trabajan los metales, se fabrican instrumentos para el cultivo de la tierra, se hace más fácil la caza y la pesca, se domestican animales, la sociabilidad se desarrolla en grande escala y llégase pronto a constituir numerosos pueblos.

Y a todo esto, ¿dónde, cuándo, cómo colocar el famoso evento para disíaco? Ello es de todo punto imposible.

En cambio se explica, con perfectísima lógica, que cuando el hombre no contaba con medios de investigación, sin experiencia del pasado, unas veces asombrado ante las bellezas naturales, otras subyugado por el imponente espectáculo del desencadenamiento de los naturales elementos, ora observando la carrera de los astros, o la sucesión de los días y las noches: toda esa, para él, rara movilidad de las cosas y de los seres, explica bien que atribuyera a fuerzas desconocidas, propias de más poderosos seres, lo que no podía alcanzar su pobre facultad pensante; pues, como dice Volney, “no es Dios quien hizo el hombre a su imagen; fue el hombre quien hizo Dios a la suya; él le dio su espíritu, le revistió de sus atributos, le prestó sus juicios”.

Y en consecuencia, con Büchner podemos afirmar que: “el hombre no tiene que agradecer a nadie su existencia, y el fin de su vida está en sí mismo, y consiste en procurar su bien particular, así como el de la especie”.

Con lo expuesto hasta aquí hay bastante para saber lo que es el hombre, primer dato sociológico. Veamos ahora qué es y cómo es su sociedad.

SOCIEDAD

Por el estudio de la Naturaleza sabemos que las asociaciones moleculares y celulares constituyen todos los cuerpos y todos los seres: de lo cual se deduce que *la asociación es un principio universal de la Naturaleza*.

Observando la organización y las costumbres de los animales, vemos, en primer término, imponerse la asociación familiar como complemento necesario de la vida individual y para la propagación de las especies, y en segundo lugar, ensancharse este agrupamiento hasta constituir verdaderas sociedades, a causa de necesidades naturales fuertemente sentidas, como nos lo demuestran desde las hormigas y abejas, entre los pequeños animales, hasta los búfalos, elefantes y orangutanes, entre los más grandes. Y siendo el hombre el animal más perfecto y más consciente, por necesidad y por conveniencia no podía dejar de constituir su sociedad, y en relación directa de su perfección, más compleja y elevada su sociabilidad. Así nos explicamos cómo el principio natural de la asociación se extiende hasta lo que se llama Sociedad. En consecuencia, *la sociedad humana se fundamenta en la Naturaleza*.

De lo que sería nuestra primitiva sociedad pueden darnos buena idea ciertas tribus que viven todavía en estado salvaje o semi-salvaje en Africa, América, Asia y Australia, que no han podido elevarse a mucha más altura que las sociedades de los gorilas o chimpancés, bien sea a causa de imperfección craneana o por condiciones climatológicas, o por ambas circunstancias a la vez, y cuya vida es puramente la de la animalidad, apenas sin organización social o muy sencilla.

Más dejando aparte esas estacionarias sociedades, la raza humana, no sin gran fatiga, fue progresando de modo que llegó a constituir sociedades tan complejas y renombradas como las de India, China, Egipto, Siria, Persia, Grecia, Roma, Méjico, Perú, y tantas otras antiguas y modernas que en mil historias se describen, hasta alcanzar la universalizada Sociedad de la época presente.

Ciertamente que es un estudio curioso y útil seguir paso a paso las evoluciones de la bestia humana hasta constituir esas sociedades en que parece desligada de la mera animalidad, y presentarse, cual privilegiado ser de la Naturaleza, en su orgullo estúpido; pero bosquejarlo solamente nos llevaría a traspasar los límites de nuestro trabajo, de puros lineamientos de un plan de elementos de sociología popular, para engolfarnos en un cúmulo de datos cuya

exposición, ordenamiento, análisis y deducción abarcaría proporciones incommensurables. Esta obra debe dejarse al especialista debidamente preparado para ello, y no puede esperarse que la realice una multitud. Bástele a ésta el conocimiento sintético para que cada individuo procure la certidumbre por la comprobación analítica que pueden ofrecer innumerables producciones de profundos pensadores.

Sin embargo, resumiendo las conclusiones de sociólogos eminentes, daremos una idea de la evolución social humana, diciendo: que los mamíferos humanos, más débiles o más mal armados que gran número de sus competidores del reino animal, se reunieron instintivamente en pequeños grupos; errando por los bosques, desnudos, sin armas; devorando los comestibles; realizando los fines del amor a la manera de las bestias; constituyéndose en pequeñas hordas, sin moral, sin leyes, sin industria; cada grupo vivía en promiscuidad, sometido al más fuerte, como los chimpancés. Todas las razas humanas han pasado por este estado. El espíritu de solidaridad y auxilio mutuo, cada vez más desarrollado, hizo que uno grupos ayudasen a los otros en los peligros; la asociación mejoró un poco; constituyóse la familia con caracteres más definidos; la industria progresó, y una vez el instinto social más desarrollado, la unidad étnica se agrandó; varias hordas se unieron; se instituyó la tribu; y por la guerra se establecieron las primeras clases aristocráticas, se enañteció el sacerdocio, y la esclavitud fue el gran botín de las clases privilegiadas, creadas por la brutalidad de la fuerza y la astucia e los más expertos, llegando por su permanencia a juzgarse a los esclavos como seres predestinados a servir a sus semejantes, cual si no fuesen de igual condición que los otros hombres, necesiándose que el gran Epicuro revelase a la humanidad *que el esclavo era un hombre*. ¡A tal extremo alcanzó la aberración humana!..

Mas abandonando la investigación de lo que fue por el examen de lo que es, y ateniéndonos a la verdad científica, que es la revelación de la Naturaleza, imposible de ser conocida antes porque no se contaba con los medios de comprobación propios de la cultura moderna, se nos presenta planteado este problema: la sociedad humana, naturalmente constituida, ¿se ha organizado y desarrollado conforme a lo que podemos llamar leyes naturales? Esta es la gran cuestión, que, para esclarecerla y resolverla, necesario es que filosofemos un poco.

Es fácilmente concebible y demostrable que toda alteración de las condiciones naturales y cuanto opuesto a la Ciencia sea, esto es, la experiencia positiva, es contrario a la salud, a la paz, al goce del individuo, como asimismo del cuerpo social, puesto que se involucra el bienestar individual con el colectivo: de tal suerte, que no es posible la satisfacción particular con el

malestar social, ni el goce común con la desdicha del individuo. Es un componente la sociedad de individualidades: si éstas están bien, el conjunto resulta bueno; si la masa social sufre, es porque sus miembros padecen. No existe otro dilema. De esto se sigue que la sociedad humana no puede hallarse en su centro natural, en la plena posesión de los grandes goces que la Naturaleza y la Ciencia le ofrecen, sino a condición de establecerse de perfecto acuerdo con una y otra.

¿Se ha realizado este acuerdo? La prueba negativa la está mostrando el hecho del intenso malestar que sufrimos; las ansias de todos a calmarle; el afán de los pensadores en procurar eficaces soluciones para extinguirlo.

Además, ¿la humanidad ha progresado, ha mejorado? Todo el mundo ilustrado, y con él la historia y la sociología, nos dicen que sí. No es comparable nuestra época con las fenecidas; un progreso efectivo se ha realizado; por más que quiera forzarse la nota opuesta, no resulta que los períodos históricos de la edad media o antigua, de los bárbaros o primitivos, sean, de mucho, ni mejor ni iguales a los actuales, sino, por el contrario, de un nivel muy bajo comparativamente al nuestro. Es más: no existe comprobado que la reacción sea un hecho; habrá estacionamientos, cuartos aparentes y momentáneos retrocesos, dependientes de avanzamientos, quizás, precipitados, pero nunca positiva reacción en la marcha general de la humanidad. Luego no es dudoso que si en el actual estado social no se ha verificado la armonía del hombre y la sociedad con la naturaleza, y por efecto de esta causa sufrimos, menos se realizó en los pasados tiempos; y, por lógica deducción de lo conocido, podemos afirmar rotundamente: que *la sociedad humana no se organizó conforme con la Naturaleza*.

Examinemos de otro modo la cuestión: ¿Cómo puede explicarse la sociedad natural? El distinguido sociólogo Letourneau dice que “hay estado social cuando los seres dotados de más o menos sensibilidad, de voluntad y de inteligencia *persiguen juntos un propósito común*”; definición exactísima.

¿Cuál es este común propósito? No es concebible que sea otro que la aspiración a la más fácil satisfacción de las necesidades, del mayor goce, del mejor bienestar de cada individuo. El sentido común indica que si el individuo no había de conseguir ventajas con la asociación, camparía solo, en tanto no se subyugase. Sea que el hombre, como los demás animales, se haya agrupado para ofrecer más eficaz resistencia a cuanto le fuese enemigo, o bien para con mayor facilidad proporcionarse medios de vida y estabilidad, aun son contar con la impulsión amorosa y familiar y el instinto de conservación, o por todas estas causas, siempre resultaría que cada individuo ha buscado en la vida común, en la sociedad, el complemento de la satisfacción de necesidades y de

goces que aisladamente no hubiera podido conseguir. El razonamiento es bien lógico.

Sentada esta premisa, es también lógico suponer que no puede el asociado obtener el fin propuesto sin una igualdad social, ya que es positivo que toda desigualdad de condición implica privilegio para unos en perjuicio de otros, y, por tanto, no podríase “perseguir juntos un propósito común”, como dice Letourneau.

Por otra parte, es una cuestión de derecho. Como afirma Siéyes, “la Naturaleza da al hombre *necesidades y medios* para satisfacerlas; siendo dos hombres *igualmente* hombres, ambos tienen en *igual grado* todos los derechos que proceden de la naturaleza humana”; añadiendo que “la *asociación* es uno de los medios indicados por la Naturaleza para alcanzar el bienestar”.

Y bien: de completo acuerdo con Siéyes y Letourneau, preguntamos: ¿las antiguas instituciones de castas sacerdotales, autoritarias, militares, ricas, paralelamente a la de los sudras, parias, ilotas, plebeyos o pobres, y las actuales clases aristocráticas y mesocráticas, toda suerte de privilegiados, en fin, a la par de las clases proletarias, son conformes a la Naturaleza, al derecho igualitario de los asociados, persiguen todas ellas un propósito común, obtienen los individuos todo el fin propuesto? La sola enunciación de estos hechos, el espectáculo de la sociedad presente, son la más elucvente respuesta negativa, a no ser que se desmintiera la historia real de la humanidad, cosa ya de todo punto imposible.

Todas cuantas instituciones sociales se han creado, y aun hoy subsistentes en la misma o variada forma, responden innegablemente a las preocupaciones religiosas, a jerarquías autoritarias, a prepotencias económicas, al predominio de la fuerza. Las costumbres, las leyes, la familia, la educación, la moral, la libertad, el derecho, la justicia, la industria, el comercio, y también el arte, y aun cierta mercenaria ciencia, hállanse subordinados a los poderes religiosos, políticos, económicos y militares fuertemente enlazados y solidarios en la común explotación del resto de la humanidad: procuran los primeros la resignación y la mansedumbre de las masas; imposibilitan cuanto pueden los segundos todo avance reivindicatorio del pueblo subyagado, por medio de un encadenamiento jurídico y penal; exprimen y absorben los terceros todo el jugo de los trabajadores; y se encargan los últimos de sostener los privilegios de todos los opresores, y a la vez los suyos, por medio la organización de la fuerza. Tales son las bases sobre las cuales descansa el edificio social, de todo punto contrarias a la Ciencia, a la Naturaleza, a la dicha de la humanidad.

Es, pues, un hecho positivo que las leyes naturales se han quebrantado y repudiado, transcurriendo unos siglos tras otros, sin poder desmentir todavía

aquellas célebres palabras de Mirabeau: “No conozco sino tres maneras de existir en la sociedad: es preciso ser mendigo, ladrón o asalariado”. Y esto no es ni puede ser la sociedad basada en la Naturaleza y en la Ciencia; y en consecuencia, contrario al régimen igualitario, sin el cual no puede existir el derecho, la paz, el bienestar.

¿Cómo la humanidad se apartó del orden natural de las cosas, penetrando en los dominios de la arbitrariedad? Repetidamente lo hemos dicho: *por la ignorancia*. En vez de adoptar una simple organización sólo para mejor satisfacer las necesidades individuales y colectivas, sin más cohibiciones que las que la misma Naturaleza ofreciera, viviendo entre sí los individuos con la misma igualdad con que la Tierra sustenta a todos los seres, se guió por sus grandes preocupaciones y errores, interpretando muy mal a la Naturaleza, y a la concepción de la arbitrariedad creadora de los mundos sucedió la arbitrariedad social. Y que equivocó la humanidad el camino pruébalo el hecho de la constante rebeldía, a pesar de la ignorancia, acosado el hombre por un tan extraordinario sufrimiento que no ha podido sobrellevarlo sin protesta, por más que no haya podido precisar el modo de emanciparse totalmente por falta de ciencia. ¿Qué son tantas guerras y revoluciones que narra la historia sino nuevas posturas para hallarse mejor, cambios y nuevas vistas para aliviar su malestar? ¿En qué libro no se encuentra manifiesta la constante desdicha, la continua queja y la ardiente lucha?...

No es menester ciertamente más para evidenciar que *no vivimos de acuerdo con la Naturaleza y con la Ciencia*; concluyendo que: *para que la sociedad realice sus fines –el bienestar individual y colectivo– es indispensable la igualdad para todos los seres que la constituyen*.

Por lo manifestado tenemos una idea de lo que es la sociedad natural, de lo que es la sociedad humana, su equívoca marcha y a lo que se encamina; pero es preciso ahondar más, haciendo un análisis crítico, por ligero que sea, de esas *sagradas instituciones*, los más firmes puntales de la sociedad presente, denominadas *religión, autoridad, propiedad, militarismo*, para deducir si ellas son útiles y necesarias a la humanidad, si conciben con el principio de la igualdad, primera base esencial para el bienestar común.

Mas sería fatigar demasiado el entendimiento si lo hiciéramos ahora, y será mejor aplazarlo para la próxima conferencia.